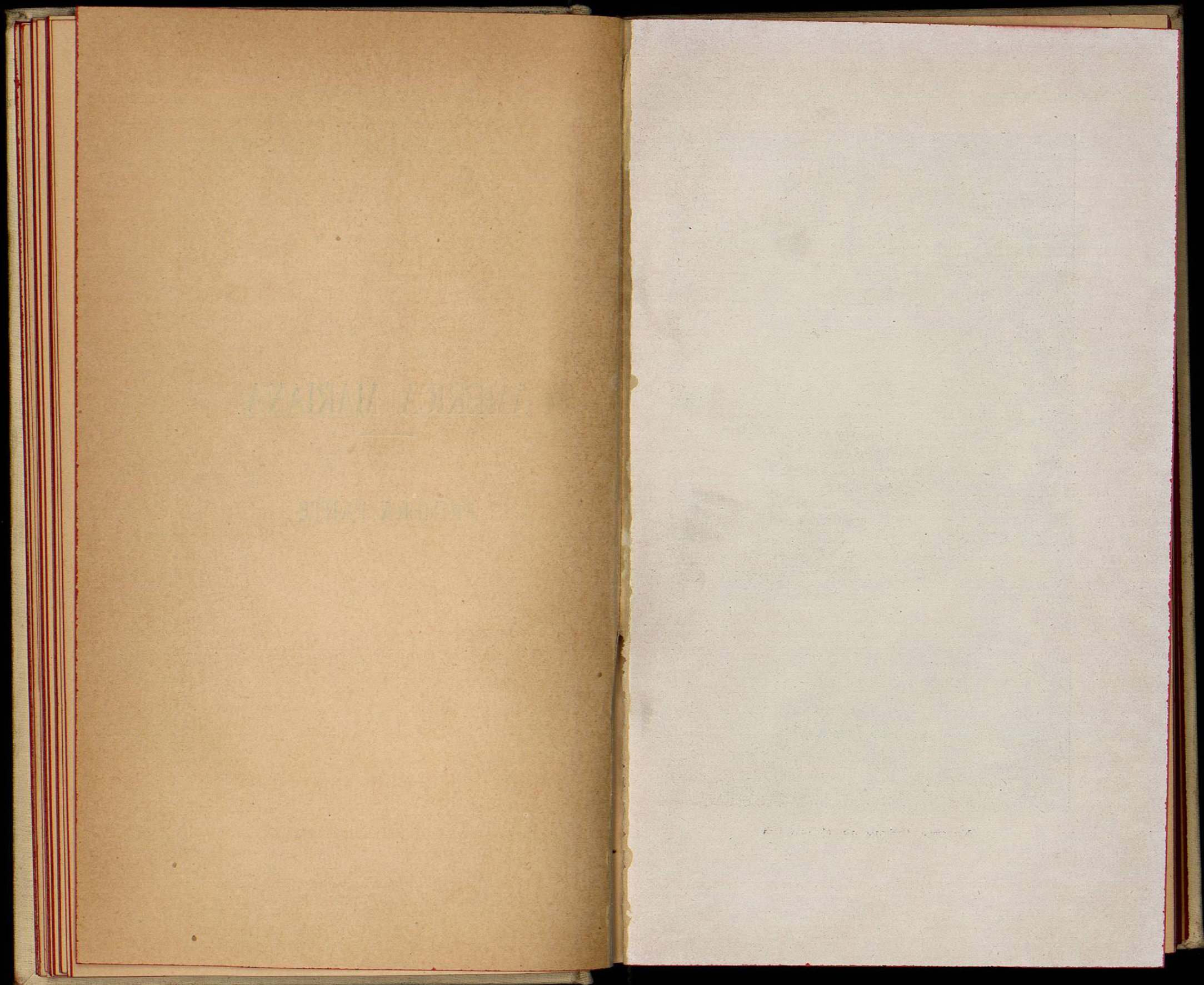


AMÉRICA MARIANA

PRIMERA PARTE





NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

IMÁGENES QUE SE VENERAN EN EL NORTE Y CENTRO DE AMÉRICA

CAPITULO I

La Estrella del Anáhuac, ó sea Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico.

SUMARIO.—I. Nueva España. II. La Capital de Méjico. III. El Tepeyac. IV. El Indio afortunado. V. Flores milagrosas. VI. Pintura celestial. VII. Primera ermita. VIII. Conversión de la Nación mejicana á la fe. IX. El Santuario. X. Otras capillas. XI. Milagros. XII. Amor de los Mejicanos á su Reina. XIII. La Coronación.

I

NUEVA ESPAÑA

Entre las comarcas del Nuevo Mundo conquistadas por los españoles en el siglo XVI la más próspera y adelantada era la que después se llamó Nueva España, y ahora República de Méjico. Por su magnífica posición en los límites de las zonas tórrida y templada, por su exuberante vegetación y por los tesoros escondidos en las entrañas de sus montes, era á propósito para cautivar los corazones de guerreros ávidos de riquezas y aventuras. Como esta República ocupa lugar preferente en nuestro libro, por haber sido la más favorecida de la

Santísima Virgen, hemos creído oportuno dar brevisimo-resumen de su historia.

El origen de los pobladores del territorio mejicano, como los de la América entera, yace envuelto en densa niebla que no es dado esclarecer: hasta ahora, á pesar de los empeñados y repetidos esfuerzos de ingenios poderosos, es problema insoluble para la etnografía.

Según el publicista Chavero, en tiempos remotos y protohistóricos, tres grandes grupos ocupaban el país: la raza maya señoreaba al sur, los otomites dominaban el centro, y los nahoas se extendían por el norte. Pero las continuas emigraciones de los mayas al norte y de los nahoas al sur, trajeron la confusión de razas y de familias, mezclándose sus idiomas, cambiándose mutuamente las creencias religiosas y trasformándose las costumbres de un pueblo en las de otro. Llegados al centro del país los *ulmecas*, constructores de las pirámides de Cholula y Tocticuán, los *tarascos*, fundadores del poderoso reino de Michoacán, los *chichimecas*, los *maninalca*, los *tepaneca*, los *menoalca*, los *chalca*, los *xochimilca* y otra infinidad de tribus y familias, con sus múltiples dialectos y diversísimas costumbres, formaron en la historia una madeja, que los más ilustres sabios no han podido desenredar. Calcúlase que se hablaban entonces en el país más de cincuenta idiomas y unos doscientos dialectos. Á fines del siglo vi de la era cristiana empieza á esclarecerse la historia con la aparición en el centro de los *toltecas*, los cuales, después de peregrinar más de un siglo por las costas del Pacífico, se establecieron el año 674 en la ciudad de Tollán (Tula). Los toltecas trajeron el germen de la civilización. Eran aficionados á la agricultura y á la industria: y como fuesen numerosos y fuertes, lograron subyugar á las demás tribus, imponiéndoles su lengua, teogonía y calendario. Hasta 1116 formaron una nación próspera y

feliz; pero en esta fecha, gobernando su undécimo rey, se arruinaron á causa de infausta guerra sostenida contra los régulos de Jalisco, que alegaban derechos al trono.

Al año siguiente de la destrucción de los toltecas vinieron á ocupar el valle del centro varias tribus; pero la más influyente y poderosa fué la de los *méjica* ó *aztecas* que era la que dominaba en el Anáhuac (1) á la llegada de los españoles. La patria de los aztecas era Aztlán, cuya posición geográfica se ignora. Humboldt y otros escritores se inclinan á creer que estaba en la parte septentrional de los actuales Estados Unidos, á distancia de 4320 kilómetros de la ciudad de Méjico. De allí emigraron en 583, y anduvieron peregrinando ocho siglos hasta que hallaron en el valle de Méjico ó Anáhuac el sitio donde, según las tradiciones suyas, debían establecerse definitivamente. En una isleta de espléndida y sonriente vegetación, que surgía del lago de Texcoco, vieron un águila de gran tamaño, que posaba sobre un nopal nacido en las hendiduras de la roca. El ave sujetaba con el pico y con la garra derecha una serpiente, que se retorcia con las ansias de la muerte. Éste era precisamente el signo indicado por su dios Huitzilopochtli para conocer el paraje donde habían de establecer la patria. De aquí nació la idea del actual escudo de la Nación. En aquel punto zanjaron los cimientos de la futura metrópoli mejicana que llamaron *Mexitli*, en honor de su dios *Mexi*—otro nombre que daban á Huitzilopochtli— y también la denominaron *Tenochtitlán*, ó ciudad de *Tenoch*, el sacerdote

(1) Anáhuac, palabra que, según Orozco Berra, significa cerca ó junto al agua, designa la gran meseta de Méjico en que está situada la capital de la República. Por extensión el nombre de Anáhuac se aplicó á todo el país ocupado por el imperio mejicano, y luego á todo el territorio de la moderna República.

fundador. Otros derivan el nombre *Tenochtitlán* de *telt* piedra, *nochtli* nopal, y *tlan* lugar. La fundación de Méjico, según el código Mendocino, fué el año 1325 de la era cristiana, y su primer rey se llamó Acamapichtzin.

Los aztecas realizaron en la isla verdaderas maravillas de ingenio. Para unirla con la tierra firme construyeron calzadas con empalizadas y rellenos. La naturaleza vino en su auxilio, pues las aguas del lago disminuyeron considerablemente de volumen, y poco á poco la isla se convirtió en tierra firme. Los aztecas lograron constituirse en pueblo poderoso, y los reyezuelos y caciques vecinos hubieron de hacerse tributarios ó aliados suyos; únicamente la República de Tlaxcala les opuso tenaz resistencia, lo cual dió lugar á rivalidades enojosas y á guerras sangrientas. Fomentaron la civilización, levantaron templos ó *teocallis* magníficos á sus dioses, y regios palacios á sus monarcas; perfeccionaron el cómputo del tiempo, que habían heredado de las toltecas, y escribieron sus leyes en el gran calendario de piedra, que se conserva en el Museo Nacional. Dividieron la ciudad en cuatro barrios ó cuarteles, que llamaban *Capulli*, y asignaron una deidad tutelar á cada uno de ellos. Los *teocallis* eran comúnmente edificios que contenían una pirámide truncada con gradas, y en el lado opuesto, una escala que daba acceso á la cima, donde se asentaba el adoratorio, frente á la piedra de los sacrificios, teniendo en la base los braseros en que se alimentaba el fuego sagrado. Entre estos *teocallis* sobresalía el que consagraron á Huitzilopochtli, y á Tlaloc, dioses de la guerra, y de las aguas respectivamente, donde acumularon todos los recursos del arte arquitectónico de la época. Era de forma piramidal truncada, con sus respectivas gradas y con ciento veinte escalones de piedra, sólidos y bien contruídos, y tan amplio que, según afirmaba Hernán

Cortés, podía contener una villa de quinientos vecinos, y comprendía muchas salas y corredores, cuarenta torres con unos cincuenta escalones para llegar á su altura. Todo estaba decorado con mosaicos, relieves é incrustaciones. Había un espacioso patio cercado por la tapia que llamaban Coapantli con una puerta para cada lado. Además se contenían dentro de aquel recinto varias capillas pequeñas, que las crónicas de aquellos tiempos hacen subir á setenta, y que servían de asilo y recogimiento á los principales personajes. En este *teocalli* central se inmolaban millares de víctimas humanas, como veremos más adelante.

En tal estado mixto de civilización y barbarie se encontraban los aztecas, cuando gobernando Moctezuma II se presentaron los españoles capitaneados por el insigne Hernán Cortés á engastar esta rica comarca, como brillante de extraordinario mérito, á la corona de Cristo Señor nuestro, cuyo amor únicamente había movido los alientos de la gran Reina castellana Isabel la Católica. Cortés, tan hábil político como bravo militar, comenzó por formar alianza con la República de Tlaxcala, émula irreconciliable del imperio azteca; y el 8 de Noviembre de 1519 se presentó á las puertas de la metrópoli mejicana, llamada justamente la Venecia de América, y que según el mismo Cortés era tan grande como Córdoba ó Sevilla, con cerca de ciento veinte mil casas habitadas por familias de cuatro á cinco personas. Supo captarse la benevolencia de Moctezuma, y hasta logró que se reconociera feudatario de los reyes de Castilla. Seis meses pasó tranquilo, recogiendo el oro y los demás espléndidos regalos que le hacía el Emperador indio, cuando tuvo que salir á pelear contra Pánfilo de Narváez, que, á nombre de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, venía á apoderarse de él, como reo de traición. Cortés libró una batalla, que merece ponerse entre las